

CORONA FUNEBRE

QUE

**LOS PROFESORES Y ALUMNOS DEL SEMINARIO
DE SAN DIEGO**

DEDICAN A LA MEMORIA

**DEL RVMO. SR. DEAN DE LA IGLESIA CATEDRAL,
VICERRECTOR Y PROFESOR DEL SEMINARIO MENOR DE SAN DIEGO
DE IBARRA**

Dr. Dn. Cerbeleón Gómez Jurado

Ibárra, Enero 19 de 1913

(CON LICENCIA ECLESIASTICA)



QUITO

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION SALESIANAS

1913





BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

NUESTRO RAMILLETE

AUN perdura en nuestro ánimo la impresión abrumadora que en él grabara el dolor por la sentidísima muerte del infatigable apóstol, digno caballero y excelente amigo: el nunca bien llorado como se debe, Rdm. Sr. Deán Dr. Dn. **Cerbeleón Gómez Jurado**. Aun están frescas sus últimas palabras y respiran ambrosía sus virtudes no vulgares, puestas de relieve en su hora postrimera; aun nos parece sentir las palpitaciones de su pecho y recoger su postrimer aliento, cuando un deber de amistad y justicia, de reconocimiento y gratitud viene a sacarnos de ese como enajenamiento en que nos encontrábamos, para acudir reverentes y llenos de amor a depositar sobre su tumba una corona funeraria de siemprevivas, lirios y azucenas y regarla con las lágrimas del más hondo sentimiento.

Su memoria no puede sernos indiferente; antes electriza nuestra alma, que parece en-

contrarle por todas partes, y evoca en nosotros el gratísimo recuerdo de sus virtudes, ejemplos y prendas naturales.

Nos parece verlo... La humildad y la modestia eran geniales en él. Qué fortaleza la suya en medio de las tempestades de la vida: más de una vez tuvimos ocasión de experimentarlo. Cuánta mansedumbre en su aspecto siempre apacible, y sobre todo, en su trato, si digno y culto, tan suave y sin afectación. La bondad, esta prenda preciosa del alma, esta flor que brota al calor de la caridad y demás virtudes cristianas, este como fruto exquisito de los corazones sanos, nobles y bien formados, esta luz suave que baña dulcemente la faz del que la posee y le hace amable y simpático a todos y conquista aún a los más prevenidos, podemos decir que la tuvo en alto grado aquel digno discípulo de Jesucristo; por eso inspiraba confianza a todos cuantos le trataban y no podía menos de captarse su estimación: su bondad será siempre la nota característica por la cual recuerden de él cuantos fueron sus amigos y conocidos. Como maestro, cuánto celo en la formación de sus discípulos, cuánta constancia en el cumplimiento de su deber y con qué pericia lo desempeñaba, cuánta prudencia en su trato, cuánta paciencia para corregirlos y guiarlos por el camino del bien: de allí que éstos le miraban con respeto y le amaban con frenesí... Y cuánto más podríamos decir de él, si como Sacerdote, Canónigo, Deán y hom-

bre público, como hombre particular y en el seno de la familia y de la amistad; pues fuimos sus amigos confidentes, le tratamos de cerca y pudimos observar y aquilatar sus excelentes prendas y virtudes personales.

Por eso, este digno sacerdote y carísimo amigo se conquistó un lugar preferente en nuestro corazón. Por eso no podremos jamás olvidarlo, y su memoria a la vez que imperecedera, será para nosotros venerada.

Por eso venimos hoy a colocar en la portada de esta Corona Fúnebre, que le ofrecen el amor y la gratitud de sus profesores y discípulos, este ramilletito de humildes violetas, brotadas al calor de nuestro acendrado afecto, regadas por el llanto de nuestros ojos y perfumadas con el aroma de nuestros recuerdos. Sin gracia y descolorido se quedaría si, por fortuna, no hubiera de realzarse su modestia por la esplendidez y hermosura de las otras flores — siempre vivas, lirios y azucenas — que manos más hábiles han tomado de más ricos y variados jardines para entretejer esta nuestra fúnebre corona y depositarla sobre la tumba venerada de nuestro querido e inolvidable amigo. Luzcan ellas con todo su brillo y hermosura y comuniquen a nuestro ramilletito lo que le falta de expresión y elegancia para poder ser ofrecido a la memoria del que fué: benemérito Sacerdote, prestigioso Maestro, digno Deán del Venerable Capítulo Catedral, honra y prez de la Iglesia Imbabureña.

Recapitulamos, en fin, todos nuestros afectos y sentimientos, hacemos de ellos un solo hacecillo y, cayendo de rodillas ante la tumba de nuestro amigo, llorando el inmenso vacío que él deja en nuestro corazón y en su familia, la sociedad, este Seminario, el Venerable Capítulo y la Iglesia en general, elevamos nuestra plegaria al Cielo y pedimos el eterno descanso de su alma inmortal.

Reciba nuestro pequeño homenaje, si modesto y sencillo, brote espontáneo de nuestra alma, tributo de nuestra amistad, símbolo de nuestro acendrado afecto; y ore él por nosotros y bendíganos desde el cielo donde abrigamos la esperanza de que ya mora, porque su vida fué buena y su muerte semejante a la de los justos: preciosa a los ojos de Dios.

PAZ EN SU TUMBA!

Manuel Fdz. Córdoba,

CANÓNIGO.





ACUERDO

Habiendo fallecido el Rvmo. Sr. Dr. Dn. **Cerbeleón Gómez Jurado**, Deán de la Iglesia Catedral, Vicerrector y Profesor del Seminario Menor de San Diego, el día 17 del presente mes, reunióse la Junta Administrativa del Colegio en sesión extraordinaria y formó el *ACUERDO* siguiente.

Considerando:

1º. Que el Rvmo. Sr. Jurado fué Sacerdote benemérito por sus virtudes, y por lo mismo, honra de la Diócesis de Ibarra;

2º. Que, como Vicerrector y Profesor, prestó importantísimos servicios al Seminario, durante algunos años, con abnegación y acierto, y

3º. Que su patriótica y evangélica generosidad lo han constituido *BENEFACTOR* del Seminario;

Acuerda:

1º. Deplorar tan iamentable fallecimiento, dejando constancia de su profundo dolor;

2º. Enlutar el Establecimiento por tres días;

3º. Pasar una invitación, en nombre de los Profesores y alumnos, para la concurrencia a las Exequias que se celebrarán en la Iglesia Catedral;

4º. Hacer descansar el cadáver — en la traslación desde el templo al Cementerio—delante de la Capilla del Seminario, cantar un *responso* y luego pronunciar un elogio en honor del ilustre difunto por medio de alguno de los Profesores;

5º. Mandar trabajar un retrato del Benefactor, que será colocado en lugar prominente, como testimonio de gratitud, y

6º. Publicar el presente Acuerdo por la prensa.

EL RECTOR,

N. Pasquel.

EL SECRETARIO,

S. Vicente Ponce.

Ibarra, a 17 de Enero de 1913.

(De una hoja suelta).





BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

ELOGIO FUNEBRE (1)

SEÑORES:

Os disponéis, vosotros, a escuchar de mis labios una palabra; pero palabras yo no tengo ahora!... Elocuencia me falta!... No hay sino el sumergirse el alma en un piélago de amargura y dolor profundo...; el envolverse la mente, sobresaltada, en un turbión de presentimientos aciagos!... La única elocuencia de que soy capaz, ante el augusto y querido féretro que tengo a la vista, es caer de rodillas, y adorar los tremendos arcanos de la muerte....

Pero el Seminario habla por mí! Y entonces se cierne sobre este cadáver la elocuencia de un monumento ilustre! Y el nombre del benemérito Sacerdote Rvmo. Sr. Dr. Dn. **Cerbeleón Gómez Jurado** aparece grabado en

(1) Pronunciado delante de la Capilla, y en presencia del cadáver, en conformidad con el *Acuerdo*.

estos muros incommovibles con irradiaciones de amor y progreso; circuido por auréola de armonías que virtud y ciencia están produciendo, en concierto eterno!.... Nombre que es un poema, nombre que tiene historia!

Trasladémonos al año 1883.—El Colegio de San - Diego cambia de faz; adquiere índole nueva; emprende rumbo muy distinto. Se opera excepcional transformación. Ese es un hecho muy complejo; y ni es el caso de estudiarlo, de juzgarlo, ahora. Sólo diré que no pocas ventajas sociales dimanaron de allí; y que esa evolución ha tenido por corona, por síntesis — me expresaré así — una pléyade compuesta de imbabureños, que descuellan, si por sus letras, si por sus virtudes o patrióticas obras, brillando en el horizonte del país con la gracia y esplendidez de constelación propicia. Bien: quería yo manifestaros que uno de los *iniciadores* de la nueva éra del Seminario fué el Dr. **Serbeleón Gómez Jurado**. Qué simpática se ofrece a nuestra memoria la figura de aquel joven profesor! Varios de los que me honráis con vuestra atención, fuisteis sus discípulos — como lo fuí yo — y tenéis que convenir conmigo en que su corazón labrólo el divino y omnipotente Artífice a propósito para amar a los niños, a los jóvenes: corazón feliz y hermoso.... corazón de ritmo evangélico.

La educacionista labor del cariñoso maestro fue un apostolado suave: conquista sin herir; triunfa sin humillar.

Y yo le amaba con la fidelidad del discípulo; y mi respeto a su persona no padeció mengua en ningún tiempo.

Pasaron los años.

Si las primicias de su sacerdocio consagró el señor Jurado al servicio del Seminario de San Diego, cúpole también la suerte providencial de poder ofrendarle—en sacrificio grato, en sublime inmolación—las últimas energías de su vida sacerdotal. Las auroras de su ministerio sagrado, en el Seminario lucieron, esparciendo vida y libertad en almas juveniles. Los arreboles de la tarde de su existencia, con tintes de una fe más firme y reposada, de ciencia más sólida, de caridad más amplia, embellecieron el cielo del Colegio.

Plácidas auroras, tardes arreboladas se han ocultado ya en el ocaso.... pero dejando en pos de sí uno como reflejo de inmortalidad, en medio de melancólica umbría!....

«No ambiciono otra cosa que pasar mis últimos días en el Colegio, haciendo todo el bien posible a la juventud, y ruego, encarecidamente, se me conceda esta gracia; y que jamás se me retire de éste como centro mío» — dijo a los Prelados eclesiásticos, casi con lágrimas el virtuoso sacerdote.— Y la súplica fue escuchada con admiración y complacencia.

Desde entonces el señor Jurado ha permanecido en su noble tarea — siete u ocho años. — Abnegación no desmentida, puntualidad ejemplar — no obstante sus achaques y



dolencias, — sometimiento a la disciplina, sin que se lo estorbe su elevado puesto en la jerarquía eclesiástica, lo vuelven preclaro — si ya no hubiera para su esclarecimiento otros títulos.

Humilde siempre; por eso poseía la virtud de la *ecuanimidad*: ¿quién no lo halló igual consigo mismo? — Hombre de índole blanda, inofensivo, hasta tímido: granjeábase el afecto de todos. Ajeno al estrepitoso boato, escondíase bajo la sombra de su genial modestia. Moderado en el mandar; pronto en el obedecer. Sabía trocar la justicia en compasivo perdón. Si para triunfar, fuérale necesario acometer y rugir y eucrespar la soberbia melena como león, dejaríase vencer.... Su arma, el gemido de la paloma. Paloma.... no desampara su nido; y enternece, y fascina al agresor con la dulzura de sus pupilas, con el albor de sus alas....

La muerte le ha sorprendido, cumpliendo afanosamente con sus deberes.

Y descende a la tumba con la misma tranquilidad con que enseñaba a sus discípulos, y les aconsejaba y corregía.

Maestro sabio — a lo divino — *supo morir*. Convirtió la muerte en cátedra elocuente: qué palabras; qué ejemplos, cuánto dominio de sí mismo!.... Recogidas todas las circunstancias que rodeaban el lecho de su dolor, bien se puede llamar esa muerte: *preciosa!*.... Yo no la olvidaré jamás....

Caro amigo, compañero fiel, hermano en el sacerdocio, mi alma te llora.....

Y ese llanto, con que empapo tu veneranda tumba, entraña todo el respeto, cariño y gratitud de que rebosan los pechos de mis comprofesores y de los alumnos del Seminario. — Salve preclaro Benefactor!...

Y el fulgor de mi sacerdotal mirada, y la plegaria ferviente de mis labios, que pronuncian, trémulos, el *requiescat in pace*, recogen — en haz riquísimo, espléndido, primorosamente divino — los esplendores que irradia este santuario, en donde tú — sacerdote eterno — elevaste, por vez primera, el «pan de los amores», y donde — casualidad feliz! — celebraste tu *postrera* Misa, cuyo eco fue a perderse en los cielos...

Ese haz radiante y el manojito de flores recogidos en el vergel primaveral del Caltán, sea la auréola, la corona que circunda tu nombre, a través de los tiempos.

N. Pasquel.





ANTE LA TUMBA

DEL RVMO. SR. DR. DN.

CERBELEON GOMEZ JURADO

Mis lágrimas de joven deposito
Del Maestro en la tumba bendecida,
Brotan, ardientes, de la cruel herida
De este mi corazón atribulado.

Muy presto a recibir se fue del cielo
Por sus obras la justa recompensa
Dejándome en el alma pena intensa,
Y en torno de los suyos un vacío.

Ya no existe!.... ya no!.... se fue ligero,
Sus despojos están en tumba fría:
Mas él dijo que el alma no moría;
Que feliz vivirá si ha sido buena.

Y por esto la suya se fue al cielo
Ay! la Parca, la negra cegadora
Arancóle la vida; mas ahora
Eternamente en nuestras almas vive.

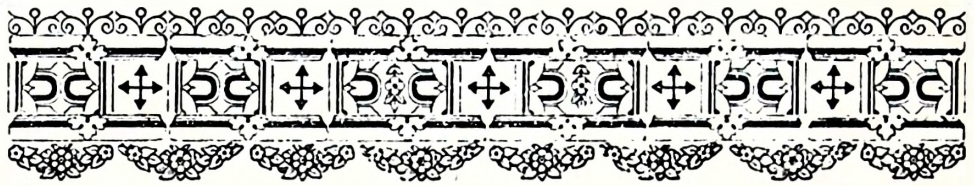
La muerte no descansa en su faena:
A mí vendrá y, con su mano impía,
Arrancará, fatal, la vida mía,
Y en el cielo muy pronto nos veremos.

Ay! entre tanto, maestro bien querido,
Ruega por mí al Dios omnipotente;
Que apartarme de El jamás intente,
Y en pos yo vuele de la Patria mía.

Carlos G. Moreno Rosales,

ESTUDIANTE DE LITERATURA.





LAGRIMAS Y ESPERANZAS

Los últimos rayos crepusculares escasamente iluminarían los campos de Betel, al tiempo en que a sus puertas de cielo golpeaba un cansado peregrino. Huyendo de la saña y protervia de su hermano, más oprimido por las nostalgias del alma que lo estuviera por las fatigas del camino, Jacob toma una piedra, reclina en ella su cabeza y se duerme.

Ayer no más, ante el espectro de la muerte de un sacerdote tiernamente amado, presa mi espíritu de las densas tenebrosidades que se proyectan sobre las tumbas de los muertos, silencioso y meditabundo, revolvía en mi mente conturbada la escena bíblica del atribulado hijo menor de Rebeca, y con la espontaneidad del dolor, y estimulado por las circunstaucias de tan precioso fin, veníanme ímpetus de exclamar con el Patriarca vidente: « ¡ *Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.* »

El lecho de un moribundo es cátedra, de la cual nadie se separa sin recibir profundas y elocuentes lecciones. Testigo presencial de la agonía y muerte del Rvmo. Sr. **Cerbeleón Gómez Jurado**, voy pues, á consignar sencilla y brevemente mis impresiones, como testimonio de veneración y gratitud a la memoria de tan inolvidable amigo y consultor. Mas, antes de acercarme a depositar con respeto esta mi humilde cineraria, pido a los que se dignen mirarla, que, si la encontraren incolora florecilla, la fecunden con el rocío de su alma, con una plegaria por el alma de mi amigo.

Quien conoció de cerca al Rvmo. Sr. Jurado, y presenció su preciosa muerte, no podrá menos de confesar conmigo que en su digna persona literalmente viéronse cumplidas las consoladoras palabras del Salmo: *«Los que siembran lágrimas, segarán llenos de júbilo»*.

Mi nunca bien llorado amigo vió su primera luz en la casa solariega del sufrimiento; tiernamente acariciado por el dolor, pasó sus más floridos años; en las aulas benditas de la cristiana resignación, aprendió a modular sus gemidos, y de sus cuitas y congojas hizo salmodia y música regaladísimas, que suavísimamente tocarían los oídos del Rey

de las almas atribuladas, de Jesús, el Varón de dolores.

No sé qué poderoso y secreto imán haya entre el humano corazón herido y el deífico Corazón de Cristo. ¿Será quizá porque entonces recordamos las tan sentidas quejas y continuos llamamientos que el mejor Médico y Consolador hace a los que están bajo el peso de terribles cargas y crueles congojas? Atraído irresistiblemente mi amigo por la Cruz del Nazareno, que *pasó haciendo el bien*, en la divina fragancia de sus llagas encontró el remedio, que, en vano, lo buscara en el corazón del más leal de sus amigos. Belén, el Calvario y Emaús fueron las celebérrimas escuelas que frecuentara desde el instante en que notó que nuestros floridos y amenos valles no pasan de ser ingratos desiertos de peregrinos, valles de sudores, lágrimas y sangre. Pues, como sacerdote de fe ilustrada, muy bien sabía que el Tabernáculo es un trasunto de Belén, la *Casa del Pan* de los Angeles; admirador del Angélico Doctor, como el que más, conocía, a fondo, que el *Sagrado Convite eucarístico es el memorial de la pasión y muerte del Cordero de Dios*, y, como muy atribulado discípulo de Cristo, sabía que *a la fracción del Pan*, huyen despavoridos los temores, debilidades y mezquinos cálculos humanos. Convencido de la teoría de tan divina ciencia, cuando veía su corazón coronado de punzantes espinas, cuando sentía agonizar su alma, levantábase del abismo de sus penas,

y, como ciervo herido, corría en busca de la purísima y cristalina Fuente en la que el *alma se llena de gracia*, y en la que Cristo se da como prenda de gloria futura.

Si los que siembran vanos vientos de iniquidad, al fin y a la postre cosechan pavorosas tempestades, los que siembran semilla de cristianas lágrimas, en el tiempo de mayor necesidad llenarán de júbilo sus graneros. El Rvdmo. Sr. Jurado durante su vida sembró muchas lágrimas, muy digno y justo era que en su lecho de muerte cosechara el indecible júbilo del proscrito, que bañado en las últimas lágrimas, besa las playas de su patria. Acompañadme a su lecho de dolor y quedaréis convencidos de esta verdad.

Vedlo. Es un denodado adalid, que, al oír el clarín del último combate, se apresta a la pelea con la ecuanimidad y alegría de quien marcha a la victoria; los rítmicos latidos de su corazón moribundo valen toda una encendida arenga de cruzado. A la voz de: *Dios lo quiere* marchando está tranquilo a la reconquista de la Jerusalén celestial; con la agilidad propia de los espíritus, su alma ve que ya está muy cerca de coronar la altura, y toda hermosa, como *aurora que se levanta* ve en su cima a la Reina de las Victorias, que se acerca para coronarle de inmarcesibles lauros, y poner en su mano, verde oliva de paz sempiterna.

Seguid contemplándole. Es algo más que conquistador, es uno de los ungidos del Señor; *otro Cristo* por lo tanto, es rey sacerdote y profeta; por su carácter sacerdotal, más digno que el ungido Pastorcillo de Belén, mucho más venturoso que el sacerdote y Rey pacífico de Salem, infinitamente más sublimado que los Césares de Roma; el mismo que ayer piadosamente bañara a los otros en las purísimas ondas de la sangre del Cordero de Dios, el mismo celoso párroco que viaticara a tantos viajeros y ungiera, por última vez, a tímidos gladiadores cristianos, había visto ya la luz de la postrera jornada. Los últimos sacramentos que para almas pusilánimes ha llegado a ser no sé qué fatídico talismán, fué para él, baño de fortaleza y unción de suavísima fragancia. Así fortalecido, esperó sereno y tranquilo al pálido espectro de Horacio, al ladrón nocturno del Evangelio. Bañado en la sangre del Cristo del Señor, sobresustancialmente alimentado en el postrer Agape, con el Pan de los fuertes y el Vino generoso de almas heroicas al saltar a la arena no dejaría de saludar a su Rey: *Ave, Rex regum, moriturus te salutat!* ¡Salve, Rey de reyes, un moribundo te saluda!

El astro del día en su incontenible carrera declinando estaba al ocaso, eran las tres de la tarde de un jueves 16 de Enero. ¡Quién os hubiera dado a sus parientes y amigos

la milagrosa virtud del segundo caudillo de Israel para prolongar los días de tan preciosa existencia! Mas, el que decretado tiene *que una sola vez el hombre ha de morir*, en sus inescrutables designios decretado había la hora de cita en que este siervo tan bueno y fiel entrara en el gozo de su Señor.

El patriarca Jacob, aunque depositario de las promesas mesiánicas, iba un día camino de perseguido peregrino a la ciudad de Harán de Caldea, la noche le sorprendió en las soledades de un desierto, tomó una dura piedra, reclinó en ella su causada cabeza, y se durmió plácida y confiadamente en los brazos de Jehová, y bajo la límpida bóveda del hermosísimo cielo oriental. Durante el sueño vió una misteriosa escala que unía el cielo con la tierra, y ángeles que por ella subían y bajaban. Al despertar del sueño, el Patriarca prorrumpió en exclamación de admiración y asombro: *Verdaderamente ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo.... y yo no lo sabía*. Hasta el angustioso instante en que enjugué las postreras lágrimas de mi inolvidable amigo, puedo afirmar que no sabía como sé ahora que el lecho de los que mueren en el Señor fuese asiento de misteriosa escala, ungida piedra de Betel, morada de Dios y puerta del cielo.

Acabo de ocultar entre las grietas de la tumba de mi deplorado amigo ésta mi humilde florecilla. Si bien es verdad, que ella ha crecido en mi corazón reconocido con el



riego de mis lágrimas, temo sin embargo que pronto se marchite. Para impedir el influjo destructor del tiempo, que todo lo marchita y lo reduce a polvo, quiero sembrar ¡venerando amigo!, flores inmarcesibles, cuya virtud y fragancia lleguen hasta las ignotas regiones donde viven las almas de nuestros queridos muertos. Tanto más, cuanto que, del silencio sepulcral en que duermes se levanta tu robusta voz que pide lo que un creyente bardo colombiano: *No sembréis sobre mi tumba lirios — Que abril colora, y deshoja abril; — La oración es el lirio de los muertos, — Flores no me sembréis, — Orad por mí.* Sí, la oración será el vínculo de nuestras almas, ella, la flor inmarcesible que, sembrada sobre tu tumba y regada cuotidianamente por la sangre de la Víctima inmaculada, te dará paz y gloria sempiterna.

S. Vicente Ponce.



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

AL CIELO

Ay! sumidos en duelo y quebranto,
Al morir nos dejó: como bueno,
El se fué de este mundo, que es cieno,
A los cielos, do cesa ya el llanto.

Apagóse la estrella que al puerto
Nos guiaba, de eterna bonanza;
Ya la hermosa y risueña esperanza
Que brilló por nosotros, ha muerto.

De profundo dolor se hinche el alma
Recordando al que fué nuestra gloria,
Al maestro de dulce memoria,
Que hoy ostenta del triunfo la palma.

Sus anhelos en Dios tuvo fijos:
Voló a El, coronado de flores,
Bella ofrenda empapada en amores
Que brindáronle, tiernos, sus hijos;

Esos «niños del alma» que hoy lloran
Al maestro, a su padre querido,
Y en su tumba, ese altar bendecido,
Les bendiga — de hinojos — imploran.

Luis E. Clavijo,

ESTUDIANTE DE LITERATURA.



FALLECIMIENTO DEPLORABLE

Ocultóse la luz de la existencia del preclaro sacerdote imbabureño, Sr. Dr. Dn. **Cerbeleón Gómez Jurado**, y con ella, la de mi porvenir tan incierto....

Nada voy a decir acerca de su auréola de virtudes; son tan conocidos los altos títulos que inmortalizan su nombre!

Yo fuí uno de los protegidos por aquel justo varón, y ahora quiero, en prenda de gratitud, colocar sobre su tumba algún tributo; mas ¿qué cosa puedo ofrecerle que sea digna de él?— Mi llanto, ese manantial bendito, es lo único que tengo: iré a la tumba veneranda, y la empaparé cariñosamente.

Ayer, no más, contemplaba yo un magnífico y risueño horizonte de esperanzas, y hoy se ha trocado en densa obscuridad! Las tinieblas de noche tenebrosa me impiden ver la senda que debo seguir en la jornada de mi vida; estoy perdido!.... Tu existencia

oh ilustre sacerdote! era el sol resplandeciente que iluminaba mi camino; sus rayos desaparecieron ya....estoy perdido....; pero uó; tu recuerdo, al menos tu recuerdo, prestaráme siquiera algún rayo; y aun cuando sea en medio de peligros, estoy seguro que no me extraviaré.

Voló tu espíritu en alas de un Querube!.... y tus restos mortales guarda la tumba, cual estrecha cárcel; allí iremos tus hijos a despertarte con sentida plegaria; y tu memoria quedará perpetuamente depositada en nuestros corazones, cual en loza viva, noble, sublime!....

Ayer, no más, ayer atendía yo tus lecciones; mas ahora sólo escucho los tristes ayes, los ecos doloridos del rebaño infeliz que acaba de perderte, buen pastor! ¿Y quién tan mansamente, como tú, nos llevará al fin de la carrera de la vida?.... ¿quién, como tú, nos alimentará con el sabroso pasto del verde y florido campo de la Religión Cristiana?....

Una vez más pronunciaré tu nombre ¡oh inmortal **Cerbeleón Gómez Jurado!**; una vez más—si no es perturbar tu calma, la sagrada paz de los muertos—para pedirte aceptes como humilde ofrenda mis sencillas lágrimas, junto con un manojito de mis blancas siemprevivas.

J. Francisco Moreno R.

ESTUDIANTE DE LITERATURA.

(De una hoja suelta).



UNA LAGRIMA

Para mí, ningún llanto más tierno, más hermoso, más sublime que el llanto con que Jesús empapa el sepulcro del ilustre muerto de Betania! Lágrimas de amor, de fidelidad.... Honor al amigo!.... Y esas lágrimas divinas los siglos no las enjugarán jamás.... Jesucristo nos ha enseñado a llorar por los que han fenecido. Por eso, de rodillas ante la tumba del virtuoso sacerdote Rvdmo. Sr. Dr. Dn. **Cerbeleón Gómez Jurado**, de mi Profesor, de mi amigo, no puedo sino llorar!.... ¿Qué homenaje mejor? ¿qué plegaria más amiga? Y mi lamento es una plegaria, que condensa y sintetiza un mundo de afectos; y es un foco que recoge todos los rayos de mi alma agradecida; y es un concierto que armoniza todas las notas de la cítara que llevo dentro de mi pecho, cuyas cuerdas vibran al toque de las mejores hermosuras: VIRTUD y CIENCIA....

Sí, mi corazón, que bebió esas hermosuras en manantial puro, en fuente sagrada, en alma de sacerdote, entona elegía de muy hondo sentimiento, de sollozos y agonías que se prolongan..... ¿Hasta cuándo? Jesús llora y resucita a Lázaro. Quién me diera resucitar yo a mi *muerto* venerado con sólo mi clamor, con mi lacrimosa oración..... Ah! sí, sí, mi muerto vive!.... Vive para mi recuerdo, vive para mi gratitud, vive en sus ejemplos, en sus enseñanzas. Y esa vida no tiene ocaso en el horizonte de mi amor, de mi reverencia, de mi entusiasta admiración!.....

Si algún día llego a ser algo, si mi frente se corona con mirtos y laureles, tornaré a la tumba del Maestro, y sobre ella depositaré esos laureles, esos mirtos empapados con el rocío de mis lágrimas; y entrelazándolos con ramos de ciprés, con haz de amapolas, de violetas, haré que sirvan de pedestal a la Cruz.....

Oh Mentor discreto, apóstol solícito e infatigable de la juventud, que—con ahinco—procurabas precautelarla contra las influencias arteras del *Modernismo* religioso, líbrame de la impiedad!....de la impiedad, en cuyo seno no hay *vida*, no hay *amor*, no hay *belleza*, no hay *paz*!!.....

C. Alfonso Clavijo.

ESTUDIANTE DE PRIMER AÑO
DE FILOSOFÍA.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

EN LA MUERTE

DEL BENEMERITO SACERDOTE SR. DR. DN.

CERBELEON GOMEZ JURADO

DEAN DE LA IGLESIA CATEDRAL DE IBARRA

Tu momento ha llegado ;
vas a partir, ¡ oh Sacerdote justo !
Con la frente ceñida
de inmarcesible lauro, conquistado
por la Virtud en silenciosas lides,
del azaroso campo de esta vida,
de este campo de lucha, te despides.

Pero dista el ocaso
donde fenece de la vida el día ;
las sombras vespertinas todavía
no amortiguan la luz.... ¡ y ya Dios quiere
que rindas tu jornada !
Siempre el querer divino
del tuyo fué la norma :
la saeta al sentir con que te hiera
la Muerte despiadada,
no con pesar oculto resignada,

tu voluntad, gustosa, se conforma;
es firme tu sosiego;
revelas desde lo íntimo de tu alma
la más serena, la más dulce calma.

¡ Nada te arredra! ¡ Oh admirable atleta,
cómo triunfas allí donde sostiene
contra el Mal la Virtud el postrer duelo!
En tu sublime anhelo
lazo alguno infernal no te detiene:
vencedor a la cima te levantas
de donde arrancan su glorioso vuelo,
para elevarse a Dios, las almas santas!

Así debía ser; allí en tu lecho,
Ministro del Señor, en cuyo pecho
el vivo celo por su Casa ardía,
dar debías, y diste,
con tu santa agonía,
tu postrera enseñanza
de fe, de caridad y de esperanza.

Justo, de alma tan pura
como vellón de armiño,
de alma tan delicada y bondadosa
como el alma del niño;
en la hora pavorosa,
no hay pavor para ti, nada te aterra:
cuando el sueño eterno tus ojos cierra,
blanda, tranquilamente,
con el dulce dormir con que reposa
el niño en el regazo de su madre,
en el seno de Dios doblas la frente.

En la hora de congoja, de amargura,
tu semblante ilumina,
Sacerdote modelo de dulzura
inefable sonrisa de los cielos.
Es que ya empieza la Bondad divina
a dar el premio a la modestia grata,
a la sonrisa amable
con que ocultabas los amargos duelos,

las tan íntimas penas
en que Dios aquilata
la vida pura de las almas buenas.

Sacerdote modelo de dulzura,
el triste valle de la vida humana
tú íbas cruzando con sosiego augusto:
¡oh Sacerdote justo!
¿quién estuvo a tu lado
que no sintiera delicioso agrado,
cual si en día sereno,
a la apacible luz de la mañana,
gozase del frescor de campo ameno?

Modelo de humildad y mansedumbre,
no fué tu vida el bullidor torrente
de la montaña andina,
que salta en cataratas de la cumbre
y los ecos desata atronadores:
fué el cristalino arroyo que murmura
con delicadas notas, y camina
al valle dando plácida frescura
y bordando sus márgenes de flores.

¡Ha llegado el momento postrimero!
Siervo fiel del Señor, acostumbrado
a la pronta obediencia,
al oír su llamada, apresurado
te aprestas a partir.... te vas.... ¡Y el día
de tu hermosa existencia
no declina al ocaso todavía!....
¡esplende aún la luz!.... Pero ¿qué importa?
¡Vida que la virtud ha coronado,
no merece llamarse vida corta!

No eres árbol hojoso que derriba
el hacha por estéril, ni la paja
separada del grano por la criba:
tu cuerpo al lecho del sepulcro baja
en sus sombras a hundirse; tu alma, leda,
ha volado al Señor; aquí el aroma,
de grata, de suavísima fragancia,

de tus virtudes queda ;
tu nombre, que fué nombre venerao,
queda, por ese aroma perfumado ;
el olvido profundo, ese tan triste
silencio del sepulcro no te alcanza.
¡ Oh justo, que viviste
de fe, de caridad y de esperanza !
¡ rodeada de gloria
sobrevive del justo la memoria !

José D. Albuja



REFLEXIONES

ANTE LA TUMBA DEL CANONIGO DR. DN.

CERBELEON GOMEZ JURADO

¡Qué triste desenlace el de la vida!
¡realidad de la tumba, pavorosa!
un puñado de tierra en una fosa,
olvidada y, talvez, ¡ay!..... maldecida,
de la humana grandeza es cuanto queda.
Ahí, extinguida
la vemos, para siempre, sin que pueda
jamás poder humano
penetrar los misterios de ese arcano
tenebroso

Ahí, la seda
conque el rico pretende su miseria,
insensato, encubrir ¡fin lastimoso!
muy pronto en vil materia
aparece ; oh sarcasmo! convertida,
y con ella, por siempre, confundida
la vanidad humana.

¡Cómo vemos al borde de esa fosa
que el placer es tan sólo una quimera
y quimera también, ilusión vana
el brillo de la gloria!.....

Cuando allí, contemplando tanta escoria,
medito la verdad, punto por punto,
me pregunto :
¿dó aquí el brillar de los honores
y la pompa del siglo,
de que tanto se hinchó el orgullo humano?
y del lujo esos vivos resplandores,
lãs riquezas
¿qué se hicieron?
¡ay dolor! un gusano tan sólo ¡un vil gusano!
bastó para burlar tantas grandezas
que en el mundo fueron.
¡Ya todo está acabado!
es podre, nada más, cuanto ha quedado
y grabada en la podre nuestra historia....

En la tumba no existe ya memoria
ni hay vestigios siquiera ¡ni una huella!
de que el hombre,
momentánea ilusión, fugaz estrella,
por la tierra pasó;
pues hasta el nombre
que en su loza grabara amiga mano
desparece;
porque todo en la tumba, en ese arcano,
do sólo la virtud en paz reposa,
desvanece;
sin que nadie esa ley estorbar pueda.
Del mortal ¡ay dolor! apenas queda
un puñado de tierra en una fosa,
olvidada y, talvez, ¡ay!.... maldecida:
¡qué triste desenlace el de la vida!
¡realidad de la tumba, pavorosa!

.....

Pero hay algo que la parca, al fin, no hiere
ni se apaga en las sombras de la nada,

la grandeza del alma, que no muere,
el irradiar de una conciencia honrada.
Y tú, noble varón, del Cristo ungido,
no temas, nó, que, ilustre, tu memoria
se confunda entre el polvo del olvido :
pasaste haciendo el bien, ennoblecido
por el sello, grandioso, de la gloria
que imprime la virtud cuando en consorcio
con la ciencia, que ilustra, en torno flota
de la cruz, que es grandeza, que es bonanza,
de la cruz generosa, de do brota
la sonrisa del cielo : la esperanza

Duerme, pues, en paz, duerme tranquilo :
si la parca, y en hora muy temprana,
cortó, fatal, de tu existencia el hilo,
espéranos aquí, que en este asilo
mañana nos tendrás Hasta mañana !
.....

M. Enrique Pasquel Monge.



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR